

# *La necesidad de mantener la fe*

11.1–40

---

*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera,...* (11.1).

En el siglo tercero d.C., Celso, el filósofo pagano, mantuvo un animado debate con Orígenes, el erudito cristiano. El filósofo pagano trató de demostrar que el cristianismo no era verdadero. Decía que el cristianismo le servía solamente a los supersticiosos y a los ingenuos. Si algo de substancia tenía la fe cristiana, sostenía Celso, es seguro que hubiera atraído a una mayor cantidad de seguidores. Él era uno de los tantos eruditos a los que les ofendían las creencias cristianas.

Una de las características que en particular ofendía a la gente de antaño, era el requerimiento cristiano en el sentido de tener fe en realidades que nadie podía ver o experimentar. Los griegos educados requerían de sus estudiantes que escudriñaran todas las cosas haciendo uso de la razón. La fe podía fácilmente convertirse en un refugio para el ingenuo que no se atrevía a enfrentar la realidad. Así, el cristianismo llamaba a la fe en sus seguidores, pero los paganos desdeñaban esta dependencia de la fe.

El antiguo argumento pagano parece moderno. Para muchas personas, la iglesia incluye gente que cree en un relato y en un Dios que están demasiado apartados del mundo real de la experiencia de ellas. Los avances científicos han hecho que Dios parezca cada vez más alejado del mundo. El secularismo de hoy día ha concluido que la realidad consiste en nuestras casas, en nuestra tierra, y en todos los elementos materiales que nos dan un sentimiento de seguridad. En efecto, le llamamos caja de seguridad a la caja en la que guardamos bajo llave nuestro dinero y nuestros valores.

Este punto de vista afecta a la iglesia. Nuestra apatía hacia la vida de la iglesia es probablemente el resultado de la creencia no expresada en el sentido de que la *realidad* se encuentra en otro lugar. Si llegara el momento en el cual tuviéramos que decidirnos entre la iglesia y el mundo, demostraríamos fácilmente cuál de los dos constituye la realidad para nosotros.

Es probable que la pereza de los lectores originales de Hebreos, fuera el resultado de una convicción en el sentido de que la fe era imposible porque ellos no podían ver ni tocar la realidad de ella. La frustración surgió cuando las promesas no fueron cumplidas de inmediato. Tal vez, el hecho de que el cristianismo había resultado ser un largo peregrinaje o carrera de larga distancia, había inquietado las convicciones de ellos y los había dejado con el sentimiento de que la fe no les había producido ninguna seguridad. La persecución y los encarcelamientos (10.32–34) los habían dejado al punto de “apostatar” y de “retroceder” (10.39). Al igual que Esau, parecían estar a punto de vender su primogenitura por un plato de lentejas de lo que ellos consideraban *la realidad* (12.16–17). La única realidad tangible para ellos era la realidad que podían ver y tocar. Las realidades de la fe se habían convertido en algo que no pasaba de ser un espejismo.

La respuesta para sus ánimos en retroceso, según Hebreos 11, es la fe. Este gran capítulo puede parecer fuera de lugar en Hebreos, especialmente cuando consideramos que el idioma de 5.1–10.39, se refería al tabernáculo y al sumo sacerdote. No está fuera de lugar porque el autor les ha dicho reiteradamente a sus cansados lectores que ellos

necesitan la fe. Se les ha recordado que el pueblo de Dios del Antiguo Testamento había emprendido bastante bien su peregrinaje. No obstante, ellos no heredaron la promesa “por no ir acompañada de fe” la palabra que oyeron (4.2). Los israelitas no entraron en la tierra de promisión por causa de la incredulidad de ellos (3.19). Solamente los que creen, entran en el reposo de Dios (4.3). Por último, en 10.39, el autor dice: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma”.

### ¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE CREER?

Puede que la palabra “fe” sea una de las más mal usadas de nuestro vocabulario. Se usa para describir muchas experiencias diferentes. Ciertas personas dicen: “Tienes que creer”, sin decirnos cuál es el objeto de la fe. Tal vez, simplemente están diciendo que uno debe tener fe en la fe. Después de un examen más minucioso, la fe resulta ser nada más que pensamiento positivo. Para otros, la fe es un sentimiento subjetivo. La fortaleza de la fe de una persona se puede medir fácilmente, mediante la profundidad de la experiencia emocional. En consecuencia, la fe está ausente si no hay una experiencia avasalladora.

Otras personas reducen la fe a tener la opinión correcta acerca de ciertos temas. Así, la fe se mide fácilmente por la respuesta de la persona a un conjunto de preguntas sobre ciertos problemas.

El autor de Hebreos es el único escritor del Nuevo Testamento que define la palabra “fe”. A una comunidad que estaba teniendo problemas de fe, les escribió: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (11.1). Esta definición aparece al comienzo del capítulo donde él trata de inspirar a sus lectores recitándoles los nombres de personas fieles de generaciones pasadas.

El autor usa dos expresiones paralelas en el versículo uno para describir la fe. Es una “certeza” (*hypostasis*) y una “convicción” (*elegchos*). La palabra griega que se traduce por “certeza” en la RSV<sup>1</sup> es *hypostasis*. La KJV la traduce correctamente por “substancia”. La palabra significa literalmente “lo que está debajo”. Sugiere la idea de un sólido fundamento o lugar sobre el cual apoyarse, y la seguridad y estabilidad del que se apoya en terreno firme.

A medida que repasamos el consejo del autor para sus lectores, la idea de que la fe es tener un lugar sobre el cual estar firme, se torna más clara. En 10.38–39, el escritor contrasta la fe con el

retroceder. En 6.11–12, la fe es el equivalente de la paciencia y la confianza. Por todo el libro, hay preocupación por personas que han perdido su “punto de apoyo”. Al autor le preocupa que ellos se deslicen (2.1) o se aparten (3.12) de la fe. La fe es lo opuesto a deslizarse. El autor dice: la fe es “certeza”, no sentimiento subjetivo.

La palabra griega que se traduce por “convicción” (*elegchos*) es un término legal que significa “prueba”. Esto recuerda la prueba pericial y la certidumbre que se necesita tener en una sala de juicios. La fe, por lo tanto, es una “convicción” o una certidumbre. Se basa en la realidad.

### LO QUE SE ESPERA, LO QUE NO SE VE

La mayoría de las personas construyen sus vidas sobre las realidades visibles. Los anuncios por televisión presentan ejemplos de las cosas de la vida que nuestra cultura considera reales. Para vivir la “buena vida” se requiere de un auto de lujo, de nuevos artefactos en la casa, y de nuevas ropas. Nuestra cultura secular, con su extraordinaria riqueza, proclama que la realidad se encuentra en los ascensos laborales, en las casas nuevas, y en un sinnúmero de símbolos de estatus que llegan a convertirse en el fundamento de nuestras vidas. “Lo que se ve” proporciona el lugar sobre el cual se está firme en nuestra cultura. El centro comercial, con su multitud de objetos que deleitan la vista, constituye un testimonio de las cosas que nos proporcionan seguridad. En efecto, la premisa que le sirve de fundamento a una cultura materialista es que la “buena vida” se puede construir sobre la adquisición de los objetos de más reciente lanzamiento que no necesitamos.

Dado el anterior trasfondo, las palabras del versículo uno bien pueden escandalizarnos. Nuestra “certeza” se halla en “lo que se espera” y en “lo que no se ve”. Para muchas personas, nada podría ser más incierto que “lo que no se ve”. Para el autor de Hebreos, el mundo que vemos no es más que una realidad pasajera; no es la realidad en sí. Una cultura materialista deposita su confianza en cosas que no perduran. Solamente el mundo invisible de Dios nos da un lugar firme sobre el cual apoyarnos. Esto nos permite resistir en medio de la adversidad y aceptar las decepciones. El cristiano halla seguridad en la “perdurable herencia” (10.34), no en los objetos tangibles.

Esta clase de fe impone ciertos imperativos. Nos separa de los valores de la cultura en la cual vivimos. En ciertos momentos nos puede hacer lucir ridículos el que construyamos nuestras vidas sobre valores que no se ven. En 11.3–40, el autor

<sup>1</sup> Y en la Reina-Valera (Nota del traductor).

hace una reseña de los grandes héroes del pasado, partiendo desde Abel hasta llegar a los caracteres anónimos de un período posterior. Ellos vivieron en diferentes tiempos, y experimentaron diferentes luchas, pero todos fueron partícipes de algo. La simple expresión “por la fe” describe la vida de ellos. Estos hombres y mujeres, a pesar de las dificultades de ser el pueblo de Dios, hallaron su lugar firme sobre el cual apoyarse en medio de la adversidad, y ellos no buscaron su seguridad en las cosas tangibles.

Los pueblos que luchan necesitan héroes. En los tiempos de crisis, los estadounidenses han invocado el recuerdo de sus héroes. El ejemplo de las solitarias y angustiantes decisiones de Abraham Lincoln como Presidente, influyó esfuerzos casi inhumanos de generaciones posteriores. El enfrentamiento de Winston Churchill con todos los factores en contra suya, en su solitaria lucha durante la Segunda Guerra Mundial, motivó a los demás a vivir por una causa. El autor de Hebreos conoce el valor que tienen los héroes para los pueblos desanimados. Les dijo: “... a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas” (6.12).

La tragedia de nuestros tiempos es que tenemos pocos héroes. Los caracteres principales de las películas de hoy día, rara vez tienen algo de héroe. Éstos no les dan cabida a valores más altos que el de sus propias ambiciones personales. No tienen causa por la que valga la pena arriesgar sus vidas o sacrificar sus placeres. Tal vez, nuestra escasez de héroes sea el resultado de nuestra creencia en que la realidad consiste en lo que se ve.

### ¿DÓNDE ESTÁN LOS HÉROES?

Henry Fairlie escribió un artículo llamado “Too Rich for Heroes” (“Demasiado ricos como para tener héroes”). Esto fue lo que sugirió:

Una sociedad sin héroes pronto se verá debilitada. Sus propósitos serán menos elevados; sus aspiraciones menos estimulantes; sus esfuerzos menos arduos. Sus miembros individuales también se verán debilitados. Se volverán perezosos y se cruzarán de brazos, y se ablandarán tanto, que el último tema del cual querrían oír, sería el del heroísmo. No desean que se les hable de hombres ni de mujeres, cuyo ejemplo podría perturbarles, llamándoles al esfuerzo, al deber y al sacrificio o incluso a la posibilidad de la gloria. “Tenemos gran cantidad de flautas y caramillos”, decía Emerson, “pero no el sonido de un pífano” que nos congregate.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Henry Fairlie, “Too Rich for Heroes” (“Demasiado ricos como para tener héroes”), *Harper's*, November 1978.

Necesitamos héroes que nos ayuden a encontrar valores superiores a nosotros mismos. Alejandro dormía con la *Ilíada* debajo de su almohada. Sus héroes eran los nobles espíritus de Aquiles y de Heracles. “Si yo no he sido fascinada en mi niñez por mis héroes y las maravillas de la vida”, decía Josiah Royce en su obra *The Philosophy of Loyalty (La filosofía de la lealtad)*, “más difícil me será después ser fascinada por el llamado al deber”.

Así como una civilización necesita héroes para retener su vitalidad y hallar valores fuera de sus propios y estrechos intereses, la iglesia también necesita héroes. En consecuencia, el autor de Hebreos les obsequia a sus desanimados lectores una lista de antiguos héroes que habían enfrentado el mismo desánimo de ellos. Todos estos héroes ejemplifican, de uno u otro modo, la definición del versículo uno. Ellos fundaron sus vidas en “lo que no se ve”. Noé, por ejemplo, construyó el arca después de que se le advirtió “acerca de cosas que aún no se veían” (11.7), y por esta razón se convirtió en heredero de Dios. Sara recibió fuerza para concebir “por la fe”, porque ella confió en la promesa de Dios (11.11). Por la fe, los patriarcas Isaac, Jacob y José, invocaron las bendiciones del futuro (11.20–22). Moisés renunció a los tesoros de Egipto, escogiendo la aflicción en su lugar, porque él “tenía puesta la mirada en el galardón” (11.26). Él dejó Egipto sin tener temor, “porque se sostuvo como viendo al Invisible” (11.27). La fe, por lo tanto, siempre ha entrañado la “certeza de lo se espera, la convicción de lo que no se ve”. Tal como lo dice el autor: “... es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (11.6). Muchas veces se nos dice que los fieles vivieron con la esperanza de “una patria” (11.14) o de una “ciudad” (11.10). Estos hombres y mujeres de fe confiaron en lo que otros consideraban irreal.

Cuando adoptamos como “certeza” nuestra lo que otros consideran irreal, nosotros nos abrimos a la lucha e inseguridad de la fe. El capítulo once presenta un cuadro consecuente de la lucha de la fe, pues la fe nos pone en conflicto con los valores de todas las edades. Noé, por ejemplo, “condenó al mundo” (11.7) por su fe. El escritor describe a los fieles como peregrinos cuya vida sobre la tierra es como si la hubieran vivido “en tierra ajena” (11.9). Abraham “salió sin saber a dónde iba” (11.8). De modo semejante, Moisés renunció a los deleites de su era por causa de la fe (11.25–26). Así, la fe entraña el aceptar la inseguridad de ser un “extranjero” en la tierra, porque hemos hallado nuestra certeza en “lo que no se ve”.

Por supuesto que a veces, la fe entraña más que el vivir una vida apartado de la propia cultura de uno. Los lectores originales aprendieron que la fe puede entrañar el sufrimiento, el encarcelamiento, y el ser objeto de abuso en público (10.32–33). Los héroes de la fe también dejaron un legado de osadías y dolores. Los padres de Moisés no tuvieron temor del decreto de rey porque tuvieron fe (11.23). Del mismo modo, Moisés no tuvo temor del decreto del rey (11.27). En efecto, los versículos del 32 al 38, presentan una lista de héroes que experimentaron sufrimiento por causa de su fe. El autor puede recordar no sólo las historias heroicas del Antiguo Testamento, sino también las de la historia judía subsiguiente. Estos hombres y mujeres murieron “conforme a la fe” (11.13):

... otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada;... (11.35–37).

Ellos sabían que la fe entrañaba resistir, aun cuando no hubiera respuesta inmediata a la angustia de ellos. No se comportaron como gente que creyera en que la realidad se encontrara en las cosas que se ven, o en la acumulación de nuevos bienes. La fe consistió en resistir a pesar de todas las apariencias.

### LA FRUSTRACIÓN Y LA FE

Podemos aprender algo de la fe si vemos las dimensiones plenas de “lo que no se ve”. Esta no es una parte muy popular del cristianismo porque a nosotros nos gustaría tener certeza todos los días de que la fe “funciona”. Algunas personas buscan esta certeza en la forma de beneficios económicos. Así, se nos dice que la fe produce dividendos en la forma de nuevos empleos, grandes gangas y una mejor vida social. Para otros, la constante certeza viene en la forma de paz mental, y de la ausencia de frustraciones y sufrimientos. Aunque es cierto que hay “gozo en creer”, hay algo de pernicioso en construir nuestra fe sobre certezas tangibles. En Hebreos, la fe puede entrañar tanto la frustración como el sufrimiento, pues ella descansa sobre “lo que no se ve”.

El autor señala la frustración de la fe, dos veces en el capítulo once. En el versículo trece resume la experiencia de todos los héroes de la fe. “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos...” En el versículo 39, después de reseñar la historia, el autor dice: “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen

testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido”. La fe, tal como estos ejemplos lo sugieren, no recibe seguridades instantáneas. El creyente debe resistir la frustración y la angustia. Puede que se pregunte por qué las promesas de Dios no parecen cumplirse. A través de todo esto, la fe entraña el no “recibir lo prometido” (11.13).

Tal vez nuestra falta de capacidad para perseverar sea el resultado de que no estemos preparados para la frustración. Puede que no estemos preparados para los problemas de la iglesia local. La tragedia que nos golpea a nosotros o a nuestros amigos más cercanos puede parecer una burla a las promesas de Dios. Si creemos que el cristianismo entraña una sucesión interminable de victorias, la frustración dará como resultado el que retrocedamos de las demandas del compromiso. La promesa de Dios puede llevarnos a soñar en lo imposible. Pero en realidad, puede que en toda la vida sobre la tierra no recibamos “lo prometido”.

¿Qué puede hacer un cristiano con la frustración? Hebreos dice que debemos aprender a vivir con ella. El cristiano no se rinde a la primera señal de desesperanza. Él debe aceptar la frustración y mantener la fe. George Buttrick decía que nuestras vidas experimentan toda la tensión de una cuerda de violonchelo, la cual da sonido musical solamente cuando está tensa. Esta cuerda se estira en medio de la esperanza infinita y las limitaciones finitas de nuestras vidas. La vida puede producir su mejor música sólo cuando ella vive con esta clase de tensión. Nosotros obtendremos la “paz mental”, la cual tantos desean, sólo al precio de renunciar a las promesas que nos sustentan.

Jesús nos enseñó a creer en las promesas, pero también nos preparó para la frustración. Él nos cuenta la parábola del sembrador, cuyo trabajo consistía principalmente en sembrar semilla, la cual no producía (Marcos 4.3–9). Él sabía que Sus discípulos serían en ciertos momentos como una pobre viuda, la cual apelaba ante un injusto juez (Lucas 18.1 y siguientes). Tales historias nos señalan que Jesús vio de antemano la frustración que caracterizaría a la vida cristiana.

A medida que nosotros seguimos la reseña bíblica, observamos que los hombres de fe experimentaron profundas frustraciones y desesperanzas. Job luchó con las cuestiones de la fe. Jeremías vivió en angustia por su llamado. Estos hombres creyeron en “lo que no se ve”.

¿Qué hace la iglesia con su frustración? Es en nuestros valores temporales que volvemos a caer cada vez que retrocedemos. La fe significa aferrarse cuando nuestra única fuente de seguridad se

encuentra en “lo que no se ve”. Es de notar que la fe que comenzó hace muchos siglos, ha sobrevivido, no porque todos los fieles vivieron en constante victoria, sino porque ellos se aferraron en medio de

la adversidad. La iglesia de hoy día enfrenta la misma tarea. Nuestros héroes del pasado pueden enseñarnos una valiosa lección. ■

---

“Los cristianos han de orar en todo tiempo (Efesios 6.18), por todos los santos (Efesios 6.18), en toda circunstancia (1 Tesalonicenses 5.17–18), en todas las cosas (Efesios 4.6–7), y en todo lugar (1 Timoteo 2.8)”.

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados